

fiere a la presunta independencia de los valores respecto de sus portadores mantenida por Scheler. El séptimo escrito trata de la escuela ética de Lublin y Cracovia, describiendo la influencia de la fenomenología scheleriana en ciertos pensadores polacos hasta K. Wojtyła. El octavo ensayo es un obituario a la muerte de Dietrich von Hildebrand, exponiendo su trayectoria fenomenológica y subrayando, entre otras cosas, la alta categoría de su persona. El último escrito es una lúcida reseña del libro de Josef Seifert *¿Qué es y que motiva una acción moral?*, donde de nuevo son los valores los principales motivos que mueven al obrar moral.

El conjunto resulta un volumen extraordinariamente sugerente y claro acerca de la ética fenomenológica de los valores, una doctrina de filosofía moral cuyo conocimiento resulta imprescindible para comprender su vasto influjo en el pensamiento del siglo XX.

Sergio Sánchez-Migallón

Josef SEIFERT, *Discurso de los métodos de la filosofía y la fenomenología realista*, Encuentro, Colección «Ensayos-Filosofía», 351, Madrid 2008, 160 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-7490-938-8.

En esta nueva obra de Seifert se trata, como expresa su título, del análisis de los principales métodos filosóficos y de su contraste con la escuela en la que el autor mismo se inscribe, la fenomenología realista. En general, el autor parte de las elaboraciones de las *Investigaciones lógicas* de Husserl, pero se aparta de ellas cuando considera que obstruyen el acceso a la realidad. No tiene ningún inconveniente en reconocer que muchas intuiciones husserlianas pueden encontrarse en autores clásicos como Platón o Aristóteles, San Agustín o los escolásticos.

La obra se divide en tres capítulos precedidos por una introducción. En ésta se expone una tesis que recorre toda la obra, a saber, que los «métodos» de la filosofía son algo secundario respecto al ser y a la esencia de los objetos cognoscibles.

En el capítulo primero se tratan los «tipos o especies de conocimiento» que emplea la filosofía. Y ello se complementa y apoya con la distinción de los principales tipos de «experiencia», así como con una argumentación en favor de la importancia de la experiencia misma. Es posible advertir un paralelismo entre esos tipos de conocimiento y los tradicionales actos del entendimiento (aprehensión, juicio y razonamiento). Actos cada uno de los cuales se desdoblán en la medida en que se refieren a la esencia o a la existencia de las cosas. Sin duda, esta distinción es debida a la influencia de Husserl, pero también se advierte expresamente que el tratamiento que se da a la existencia supone y obedece a la insuficiencia que el autor ve en la *epoché* y la reducción eidética husserlianas. Seifert declara abiertamente que pretende superar las limitaciones de Husserl y revitalizar la fenomenología en toda su potencial plenitud.

El capítulo segundo aborda los modos de obtener y perfeccionar el conocimiento. Allí indica modos como purificar y trascender la esencia que se descubre en los ejemplos de la vida real, comparar lo ganado con otros datos, contrastar con datos opuestos, e incluso aplicar —a su modo— el método trascendental kantiano.

En el capítulo tercero, el autor se ocupa de estrategias, por así decir, que los filósofos han empleado. Son métodos en un nuevo sentido: no son herramientas necesarias, pero se demuestran

útiles si no se extrapola su significado y función. Sobre todo, se habla de la duda metódica, de la *epoché* y la reducción eidética husserlianas, de la *epoché* trascendental, de la *epoché* en el sentido de poner entre paréntesis otras doctrinas filosóficas anteriores, y de la hermenéutica textual e histórica de la filosofía. Respecto a la duda, el autor advierte que no es original de Descartes y que éste la usa de un modo contradictorio. Además, muestra que no es un método ni exclusivo ni necesario. En cuanto a la *epoché* y la reducción eidética husserlianas, Seifert sostiene que la filosofía no puede prescindir de la indagación de ciertas existencias, y que la investigación de esencias no exige la puesta entre paréntesis de la existencia, sino que basta con distinguir ésta de aquéllas. La *epoché* trascendental tampoco es válida, por cuanto supone una visión equivocada de los objetos de la filosofía. En cambio, la *epoché* en el sentido de poner entre paréntesis otras doctrinas filosóficas anteriores es admitida por Seifert. No se trata de la ingenua y vanidosa actitud de desatender la entera tradición, sino de descubrir la verdad de las cosas de modo personal. Por último, el autor aborda la crítica del que denomina «método de la hermenéutica de los textos e historia de la filosofía». Este método es aceptado en el sentido del empleo de las obras de los grandes pensadores, pero rechazado en las versiones que de él dan tanto Leo Strauss como H.G. Gadamer, a cuya crítica dedica bastantes páginas.

En fin, el conjunto del libro ofrece una reflexión muy completa y espontánea sobre el problema del conocimiento, rica tanto desde el punto de vista de la propia gnoseología como desde la perspectiva histórica.

Sergio Sánchez-Migallón

HISTORIA

Eugenio ROMERO POSE, *Estudios sobre el Donatismo, Ticonio y Beato de Liébana*, Scripta collecta I, 951 pp., 24 x 15, ISBN 978-8-4963-1854-0; *La siembra de los Padres*, Scripta collecta II, 841 pp. 24 x 13, ISBN 978-8-4963-1855-7; ed. de Juan José Ayán Calvo, *Studia Theologica Matritensis*, 12, Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2008.

Ha sido una feliz iniciativa reunir en una obra los trabajos dispersos de Mons. Eugenio Romero Pose que, aparecidos en diversas revistas y publicaciones, no son fácilmente accesibles a un amplio sector de personas interesadas en conocer la producción literaria del Obispo Auxiliar de Madrid, recientemente fallecido.

Recuerdo, todavía con gran viveza, la grata impresión que me causó D. Eugenio cuando le conocí en las reuniones oxonienses de la «International Conference on Patristics Studies» de 1979; cuando los españoles que participábamos en este foro internacional se podían contar con los dedos de una mano. Su figura resaltaba ya en el horizonte de la patristica hispana, no sólo por sus aportaciones científicas, sino también por su calidad humana y espiritual.

El primer volumen de la obra que comentamos se inicia con un prólogo de D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, que resume la vida del que fuera su Obispo Auxiliar en la Archidiócesis madrileña, como quien «ha contribuido admirablemente a conservar el buen depósito» del que hablaba San Pablo a su discípulo Timoteo. A continuación figuran unas palabras de exordio del malogrado Prof. Pablo Domínguez Prieto, Decano —a la sazón— de la Facultad de Teología «San Dámaso».